



AZAZEL

A. G. DONES

He vuelto a encontrarlo, al hijo pródigo, tan mundano como cualquiera de los mortales a los que jamás debió acercarse, tan quebrantado como únicamente puede estar lo quien ha padecido la eternidad entre ellos. Desde mi atalaya celestial, observo sus actos desesperados para cumplir el mandato de mi padre, que es también el suyo. Yo, que todo puedo verlo, lo contemplo sin comprender cómo puede preferir mi hermano esta vida entre mortales. Poco importa. Seguiré observando con la paciencia que da la inmortalidad y tal vez así alcance a comprender qué le hizo caer; por qué, siendo los dos tan iguales, somos ambos tan distintos. Mi hermano se ha protegido a sí mismo con la coraza de un cascarón vacío, pero ¿si los mortales pudieran ver más allá, si trataran de conocerlo realmente, si fueran apenas consciente su naturaleza? ¿Entonces lo amarían y temerían tanto como a sus falsos dioses? Ramuel Grigori, vigilante.

A todos aquellos inocentes que han sido
víctimas del egoísmo humano.

«Uno a uno, todos somos mortales.
Juntos, somos eternos».

Apuleyo.

Preludio

La luz artificial de las farolas resalta desde el exterior los tonos violáceos y azulados de la falsa vidriera pintada en los ventanales. En el interior de la iglesia, los bancos se reparten regularmente a lo largo del espacio dejando un pasillo central despejado. Es una parroquia pequeña, moderna, de paredes blancas y formas geométricas que llaman a la sencillez y a la paz del espíritu.

Sentado en un banco de las últimas filas, Azael reza en silencio con la mandíbula tensa y los ojos apretados por la rabia. La áspera barba incipiente no puede frenar las lágrimas, que se precipitan abandonadas desde su nariz y barbilla y reflejan la escasa luz de la estancia. Un rosario envuelve sus nudillos ensangrentados, cerrados en un puño, mano sobre mano.

Levanta su cuerpo y la mirada, contempla la gran cruz en penumbra. Los faros de un coche solitario se cuelan por los cristales e iluminan durante un breve instante sus feroces ojos negros, anegados en una ira que trasciende este mundo. Sus pasos resuenan por el solitario pasillo. Se detiene frente al altar, que se encuentra manchado con sanguinolentas huellas, cuyas velas han rodado hasta caer al suelo. Una de ellas reposa inmóvil sobre un charco oscuro de sangre que brota del cráneo abierto del sacerdote de la parroquia. Su rostro se encuentra tan desfigurado que solo el alzacuello delata su identidad.

Azael contempla el cadáver con desprecio y alza el dorado cáliz antes de beber de un trago el vino consagrado

que contiene. Vuelve a recorrer el pasillo con calma, cojeando sutilmente, y termina de arrancarse una de las mangas desgarradas de su americana. El puño de su camisa blanca está empapado en sangre. Resulta imposible saber cuánta es suya y cuánta ajena.

Saca del bolsillo interior una pitillera de plata y un mechero a juego, con el que se enciende un cigarrillo. Durante un par de minutos, Azael se queda allí plantado, de pie frente a la puerta, dando una calada tras otra, sintiendo el humo mentolado anegando sus pulmones. Y, en apenas un segundo, la colilla alcanza el suelo impulsada por los largos dedos de Azael. Una gran llamarada se propaga por toda la estancia, devorando rápidamente los bancos, las paredes blancas, el altar y la cruz.

Azael sale de la parroquia en llamas como si surgiese del mismísimo infierno y se adentra en la solitaria noche estrellada, ahora iluminada por el fuego del pecado, el dolor y la rabia.

1

El ascensor se abre iluminando una figura elegante. Las cálidas luces doradas de su interior se reflejan en el suelo negro de mármol pulido un instante antes de que las puertas vuelvan a cerrarse. Dentro, Azael se abrocha los puños de la camisa, se pasa la mano por el pelo corto y oscuro para peinarlo, y después se ajusta el cuello desabotonado frente al espejo. Fija la mirada en sus propios ojos. El reflejo le devuelve una sonrisa que le cruza el rostro. Sin dejar de sonreír, limpia la mancha de carmín sobre su cuello para volver a guardar el pañuelo rojo en su bolsillo. Quién iba a decir que aquella camarera de piso resultaría tan sagaz... y flexible.

Cuando el ascensor vuelve a abrirse, la luz se arroja tenue sobre las paredes de cemento, que anuncian la inconfundible llegada al garaje del hotel, y un coche negro parpadea en cuanto aprieta el mando a distancia. Las ruedas se desgastan en el suelo cuando Azael arranca a toda velocidad por el entramado de columnas hasta alcanzar el exterior. Aquella sí que había sido una buena forma de cerrar un negocio, y no había nada en este mundo (o el siguiente) que quisiera más que celebrarlo. La música suena a todo volumen en su deportivo mientras rebasa el límite de velocidad como si tratara de alcanzar el sol antes de su puesta. Tras la ventanilla, el cielo se resquebraja y derrama sus encantadores tonos en naranja y rojo sobre la ciudad de Los Ángeles.

—Cuídamelo bien —dice Azael treinta y dos minutos después, lanzando las llaves de su deportivo a las manos de un joven aparcacoches.

—Sí, señor —responde el chico con los ojos muy abiertos y se apresura a guardar la más que generosa propina que Azael le aprieta contra el pecho.

Las cuerdas de terciopelo de la entrada a uno de los clubs más exclusivos de la ciudad también parecen abrirse fácilmente con la presencia de unos cuantos billetes más, ante la mirada incrédula de los primeros jóvenes apostados en la fila para entrar. Casi todos son hijos de padres ricos, jóvenes malcriados con la vida resuelta gracias al dinero de papá y mamá.

Lo reciben unas luces parpadeantes y unas paredes horteras llenas de espejos que hacen parecer a la sala más grande, pero no menos abarrotada. Las bolas de cristal giran lentamente sobre las cabezas de cientos de personas, arrancando destellos aquí y allá.

—¡La de cosas que podría hacer con este lugar! —dice Azael mientras se acomoda en uno de los cojines blancos que amortiguan el asiento de cemento pintado.

A su lado, un hombre de unos cuarenta y cinco años y un traje marrón con la corbata a juego bebe una cerveza con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—No sabía que existían sitios así aquí —dice el hombre—. Con todas estas mujeres...

—Dan, Dan... Solo son personas. Puedes conseguirlo. Están aquí buscando algo, a alguien... Y ese alguien puedes ser tú.

—Yo no...

—¡Vamos! Esa arpía se largó, supéralo y sigue adelante con tu vida. Eres libre —dice Azael abarcando con los brazos el espacio—. ¿Por qué perder el tiempo lamentándote por alguien que no sabe apreciarte cuando tienes tanto por delante que disfrutar?

Dan le da un trago a su cerveza intentando disimular una media sonrisa temblorosa y mira a su alrededor. El corazón comienza a latirle con más velocidad cuando se encuentra con los ojos de una joven morena con un cortísimo vestido de lentejuelas rosas.

—Ah, ¿ves? —Azael se acerca más al oído de Dan y le pasa un brazo por encima del hombro—. Hay un montón de chicas guapas esperando que un gran abogado como tú las invite a una copa.

—¿Tú crees? No sé si... —Dan empieza a sudar e intenta en vano secarse las manos sobre sus rodillas.

—Por supuesto —sonríe Azael ampliamente—. Pero tenemos que hacer algo con este desastre. A partir de ahora, esto a lo que llamas «bebida» está prohibido —sentencia al tiempo que le quita la cerveza de las manos—. Si yo llevase este lugar, te aseguro que ni siquiera permitiría servirla. ¿Es que quieres parecer un camionero desesperado? Anda, vamos.

Azael se levanta del asiento y conduce a Dan hasta la barra, próxima a donde se encuentra la chica del vestido rosa. Con un solo gesto, le pide al barman dos *whiskys* con hielo y le entrega uno de los vasos a Dan, que no ha dejado de sudar y temblar.

—Así está mejor. Ahora al menos pareces un hombre de verdad. Quiero decir, aún tienes que hacer algunos cambios drásticos en tu armario, pero ya trabajaremos en eso.

Dan bebe un trago de su nueva copa y coge aire sonoramente mientras Azael le desabrocha la corbata y un botón del apretado cuello de su camisa a rayas.

—Ahora ve ahí y despliega tus encantos con la chica de rosa. No ha dejado de mirarte desde que nos hemos levantado.

—Pero no sé cómo... Seguro que te mira a ti, no a mí...

—Tonterías. Vamos, no hay que hacer esperar a las damas.

Azael arrastra a Dan, que siente cómo el corazón está a punto de salirse del pecho y agarra su copa con manos sudorosas y blancas.

—Sentimos haberte hecho esperar; mi amigo es un poco tímido —dice Azael al oído de la joven—. Nadie imaginaría que es uno de los abogados más exitosos de la ciudad, ¿verdad?

—Nunca lo habría imaginado —responde ella sonriéndoles—. Me llamo Alissa y esta es mi amiga Vicky.

La aludida parece reparar por primera vez en los dos hombres y los mira con curiosidad, especialmente a Azael.

—*Enchanté* —responde Azael besando las manos de ambas—. Yo soy Azael Grigori y este es mi amigo Dan Mathews, el fundador de Mathews & Asociados.

Las jóvenes le dedican dos besos al tembloroso hombre, que parece haberse quedado mudo.

—¿Así que sois abogados o algo así? —pregunta la segunda chica sin quitarle ojo a Azael—. ¿Qué trae por este sitio a dos hombres como vosotros?

—Negocios, en realidad. Acabo de cerrar un trato fantástico y quería compartirlo con mi amigo y pasar un buen rato. Tenéis ante vosotros al nuevo dueño del Hotel Hades.

Dan parece despertar por primera vez de su trance y mira desconcertado a su compañero, recuperando de nuevo la voz y olvidándose por un momento de las chicas.

—¿El Hades? ¿Estás de broma? —pregunta con incredulidad—. ¿Cómo cojones has conseguido que te lo vendan? ¿Y cómo cojones has conseguido pagarlo?

—Digamos que puedo ser muy... persuasivo —sonríe con picardía, guiñándole un ojo a las chicas, que parecen más interesadas que antes en los dos abogados—. Y me debían un favor.

—¿No es ese hotel donde van los actores y cantantes famosos? —pregunta la chica de rosa con esperanza.

—El mismo —confirma Azael—. Y sois bienvenidas cuando queráis. ¿Qué os parece si lo celebramos con una

ronda? Invito yo; esta noche me siento generoso.

Los cuatro se dirigen a una mesa reservada en una zona más elevada que la pista de baile. Allí ríen y charlan mientras los camareros traen una bandeja tras otra de copas y chupitos adornados con azúcar y pequeñas sombrillas de papel. El alcohol por fin ha conseguido desinhibir a Dan, y empieza a disfrutar de la insulsa conversación con aquellas jóvenes... y de sus piernas largas, que acaricia bajo la mesa, dirigido por las decididas manos de las chicas, hasta subir más allá de donde cubre el corto vestido.

—Podrías enseñarnos tu nuevo hotel —dice Vicky mirando a Azael con el brillo del alcohol y la excitación en sus iris.

—De hecho, lo lamento mucho, señoritas, pero tengo un asunto del que encargarme esta noche.

La decepción se refleja en el rostro de sus acompañantes, que hacen pucheros para intentar que se quede.

—Sin embargo —se saca teatralmente una tarjeta magnética del bolsillo interior de su chaqueta al levantarse—, estoy seguro de que mi amigo estará encantado de enseñároslo por mí —añade con una amplia sonrisa y un guiño pícaro—. Disfrutad del *late check-out*.

Azael abandona a su suerte al abogado, que no parece tener ninguna queja a juzgar por la intensa actividad a la que sus manos y su boca se ven sometidas. Por su parte, Azael se mezcla entre la gente y desaparece momentáneamente en el mar de cuerpos que se rozan los unos con los otros al ritmo de la música. Un instante después reaparece junto a una escalera y otro pequeño montón de billetes consigue que los dos hombres que guardan el acceso al piso superior le permitan el paso.

Transcurre algo más de una hora y, para entonces, sin duda Dan ya se encuentra disfrutando de las maravillosas vistas de una de las *suites* del Hades. Azael contempla la discoteca con satisfacción desde lo alto de aquella escalera. Baja los escalones con brío y dedica una palmada amis-

tosa en la espalda a los dos guardas antes de dirigirse a otra plataforma elevada situada en un frontal del local.

—¿Te importaría cambiar esta basura? —pregunta Azael al DJ con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Perdona?

—Que cambies esta basura.

—¿Tienes algún problema con la música que pincho, *amigo*? —responde el DJ bajándose los cascos y encarándole.

Azael, vestido con su traje italiano, negro y ajustado, contrasta vivamente con la vestimenta del DJ: camiseta de béisbol blanca, gruesa cadena de oro al cuello y pantalones caídos.

—Sí, la verdad es que sí. Perdona si no he sido suficientemente claro —ladea la cabeza para acentuar la petulancia de su sonrisa—. Te estaba exigiendo de forma educada que cesases este tormento para la humanidad y pusieras algo de música de verdad para variar.

—¿Y tú quién coño te crees que eres para decidir si mi música es buena o no, pijo de mierda?

—Ah, respecto a eso... —sonríe ampliamente antes de introducir sus manos en los bolsillos del pantalón y balancearse sobre sus talones—, desde hace menos de cinco minutos, tu jefe. Y el dueño de todo esto. Ahora, ¿vas a hacer el favor de cambiar esta atrocidad?

El DJ se pone pálido y mira hacia la escalera, por la que ve bajar al antiguo dueño del local cargando con una caja de cartón con sus efectos personales. Vuelve a mirar a Azael y este le devuelve una sonrisa de suficiencia. Con un bufido, el pinchadiscos lanza sus cascos sobre la mesa de mezclas, pasa como un huracán a su lado y desaparece entre la gente hacia la salida. Azael se encoge de hombros, y se adueña de los cascos y los platos con el objetivo de cambiar radicalmente el sonido de la sesión. El desconcierto de la gente dura unos instantes. En cuanto lo ven en la cabina con su traje ajustado, todas las dudas y recelos des-

aparecen al instante y la pista de baile vuelve a vibrar bajo el nuevo sonido.

La diversión acaba de empezar.

Interludio 1

La imagen desenfocada de una mujer pelirroja acude a los recuerdos de Azael. La espuma tranquila del mar borra las huellas que dejan sus pies descalzos sobre la arena y su sencillo vestido blanco se le pega a los tobillos con la humedad. La mujer no habla, pero su sonrisa y su mirada son transparentes como el agua que los rodea; pura, limpia, cristalina.

Azael sonríe con ella y se arrodilla sobre la arena blanca y caliente, tan fina que al tacto parece seda. Ella se arrodilla frente a él, Azael toma su mano con delicadeza y se la lleva al pecho.

—Amor.

La mujer lee la palabra en sus labios y vuelve a sonreír asintiendo con la cabeza. Los ojos de Azael se llenan de lágrimas y ella las seca con su otra mano, mirándole a los ojos con la inocencia propia de un niño. Ambos se funden en un abrazo que les llena el pecho y les arranca un suspiro. Dejan que la marea les impregne, poco a poco, la piel de sal.

Azael se separa de ella y besa sus labios con los ojos cerrados, con pasión contenida, con necesidad de volver a abrazarla y no soltarla jamás. Sus manos peinan su pelo flámígero y se deslizan por su cintura con un ligero temblor hasta posarse sobre el vientre de la mujer. Azael nota al instante el movimiento de una nueva vida a través de la piel de su amante y vuelve a derramar lágrimas de emoción. Llevándose una mano al pecho, deja la otra posada sobre el vientre y repite:

—Amor.

2

—Parece que alguien se lo pasó bastante bien anoche.

—¡Oh, Dios mío! No te haces una idea.

—Preferiría que no metieras a Dios en esto.

—En serio, no sabes cómo fue. Esas chicas... eran tan preciosas, tan divertidas, tan...

—Me hago una idea de lo que quieres decir —sonríe Azael arrellanándose en su silla y cruzando una pierna sobre la otra.

El sol del mediodía se refleja en la blanquísima camisa de Azael, que disfruta de los cálidos rayos con unas estrechas gafas de sol puestas. La terraza del restaurante del Hotel Hades se encuentra en la vigésima planta y regala unas vistas espléndidas de la ciudad. Los coches parecen pequeñas manchas que recorren las carreteras como en una maqueta diseñada al detalle. En el cielo se puede observar la estela de algunos aviones y cómo algunos valientes —o insensatos— se lanzan desde la azotea de algún rascacielos en parapente.

—Espero que ahora consigas pasar página y te olvides de la vieja arpía de tu exmujer. Aún no entiendo por qué la gente tiene la terrible manía de atarse para siempre a otra persona pudiendo estar con quien quieras cuando quieras.

—Hubo un tiempo en que estábamos bien —responde Dan transformando su rostro alegre en tristeza repentina—, pero, desde que abrí el bufete, lo único que hago es trabajar y... ¿crees que, si no lo hubiera hecho, aún seguiría conmigo?